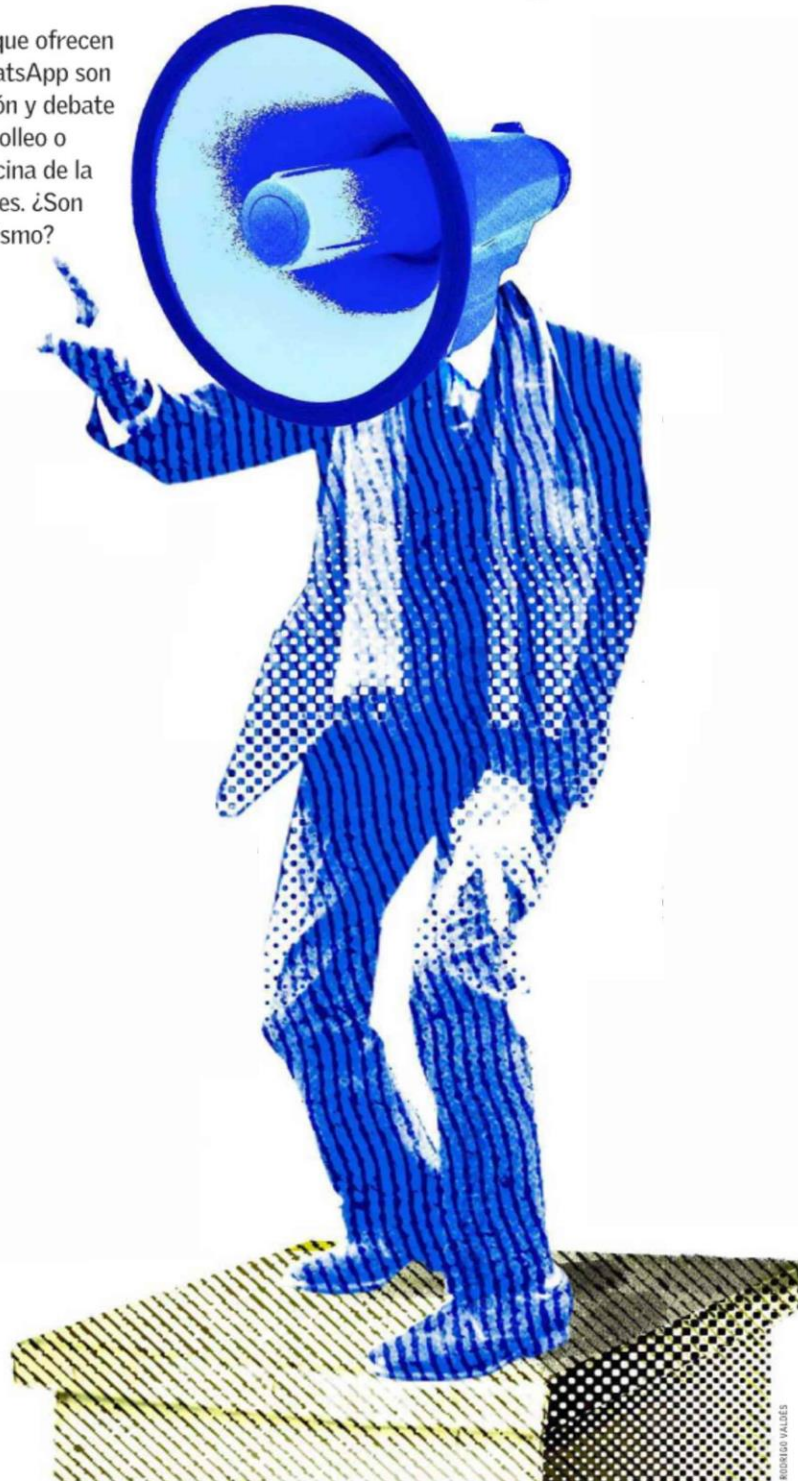


Medio	El Mercurio
Fecha	19-07-2015
Mención	Las redes sociales, ¿pobreza del debate público? Habla Jorge Larraín, Rector de la UAH.

DEBATE | La nueva y vieja querrela contra la tecnología

LAS REDES SOCIALES, ¿pobreza del debate público?

La conectividad y comunicación horizontal que ofrecen plataformas como Facebook, Twitter o WhatsApp son vistas como una promesa de democratización y debate público. Sin embargo, fenómenos como el trolleo o paranoias como la supuesta escasez de bencina de la semana pasada parecen refutar esas ilusiones. ¿Son un espacio de debate o atentan contra el mismo? ¿Generan colectivo o atomismo?, ¿masa o enjambre? ¿Tienen algún valor político? Responden siete intelectuales chilenos.



Bastó que un mensaje que anunciaba un paro de camioneros se viralizara por WhatsApp para que las bencineras se llenaran de automovilistas paranoides, angustiados porque el combustible se acabaría. Una opinión que no se ajuste a la corrección política y, sin que nadie diga agua va, se inicia esa camotera digital, moralista y en general anónima bautizada como trolleo: le pasó, por ejemplo, al escritor Rafael Gumucio cuando, tras el incendio de Valparaíso de abril de 2014, cuestionó a los *hipsters* que partían a “salvar gatitos y perros mientras Valparaíso ardía y miles de sus compatriotas luchaban por sus vidas”. El comentario vía Twitter le costó comentarios como “Qué pena por tu hijo, que tenga una lacra de persona como tú como papá” o “Entre salvar del fuego a @rafaelgumucio y quedarme en casa. Prefiero quedarme en casa”.

Todo muy inmediato, y grave, nada muy sutil.

Lo que da que pensar en nuestra época, decía Heidegger, es que todavía no pensamos. Pensar supone demora, reflexión, juicio. La política supone pensamiento, argumentación, responsabilidad; la

democracia, al menos si es deliberativa, también: en “un espacio público abierto debe haber plena inclusión de todos los afectados en dicha discusión, un reparto equitativo de los derechos de comunicación; y la ausencia de violencia de una situación en la que solo pueda valer la coacción sin coacciones del mejor argumento”, escribe el filósofo alemán Jürgen Habermas.

Si algo otorga internet, y en particular las redes sociales, es equidad comunicativa. Sin embargo, el valor que tenga el mejor argumento o la ausencia de violencia son aspectos más problemáticos. Por ejemplo, hay quienes muestran preocupación por la influencia que puede tener la opinión pública digital sobre decisiones políticas o judiciales. Que, por agradar, un fiscal o un diputado actúen en uno u otro sentido, sin análisis, sin darse un tiempo. Claro,

esos males no son invento de Facebook, Twitter y demases, la opinión pública no es novedad de nuestros días, pero los medios digitales suponen una inmediatez y una horizontalidad que, si no representa un cambio cualitativo en esta realidad, al menos sí la agudiza.

Por otra parte, las redes sociales le devuelven poder a los comunes. Movilizan. Fueron importantes en la “primavera árabe”, también en las protestas estudiantiles de 2011 en Chile. ¿Podría repudiarse globalmente a Donald Trump por su racismo de no ser por YouTube?

Enjambre digital

Y a pesar de eso, pensadores como el coreano Byung-Chul Han (heredero de la fobia tecnológica de Heidegger) dicen que lo que tenemos hoy no es masa, pues esta se caracterizaba por ser un “nosotros” que se agrupaba en pos de una acción común, era política; en cambio, dice, lo que hay ahora es un “enjambre digital”, una yuxtaposición de individuos que así como se congrega se disuelve, “sin alma”, sin compromiso, apolítico: solo ruido, sin el silencio necesario para pensar. Es más, opina, Google y Facebook son los nuevos servicios secretos.

¿Tiene razón? ¿O tal vez esas aprensiones no son otra cosa que nostalgias spenglerianas de un pasado (de una ficción) mejor? En ese caso, la pregunta que titula este debate debiera ser: las redes sociales, ¿son la miseria del debate o simplemente un nuevo y tal vez mejor espacio público?

Pablo Ortúzar:

“Twitter genera la ilusión de reflexión y diálogo”

La tecnología nunca es neutra. Tampoco, por tanto, lo son las plataformas comunicativas. Cada una de ellas favorece cierto tipo de comunicaciones y desincentiva otros, además de permitir a las personas representarse a gusto, generando realidades virtuales, formas de relación y sentidos comunes que no son representativos de lo real. Y, como es obvio, la relación entre estos mundos paralelos y la realidad siempre puede volverse problemática, aunque también tenga muchas facetas positivas. Saber administrar estas tecnologías teniendo en cuenta sus limitaciones y evitando confundirlas con la realidad, entonces, es muy importante.

La más problemática de estas plataformas, en mi opinión, es Twitter. Es una herramienta que genera en el usuario la ilusión de acceso total y horizontal al espacio público, con un formato que reduce casi toda la comunicación al intercambio de afirmaciones poco matizadas. Estas afirmaciones, además, suelen ser la reacción espontánea frente a sucesos de la propia red o del mundo real respecto de los que se tiene poca información, lo que les da un gran potencial polémico. Por último, la posibilidad de seleccionar a quienes concuerdan con uno y bloquear a quienes no, genera la ilusión en los usuarios de estar en lo correcto todo el tiempo. Esto se suma a la búsqueda compulsiva de apoyos virtuales para terminar articulando un espacio de élite atado a la contingencia, lleno de lugares comunes, intolerancia y corrección política. Es decir, un espacio donde no se piensa ni se dialoga, pero que genera la ilusión de reflexión y diálogo. Creo que este asunto debe ser especialmente tenido en cuenta por los políticos y por los periodistas, pues ambos han contribuido mucho a generar la sensación de que Twitter representa a la opinión pública, cuando en realidad es un sustituto no solo elitista de ella, sino profundamente absurdo y deformado.



"Las redes sociales vuelven a abrir las posibilidades de respuesta y diálogo", dice Jorge Larraín.

Pablo Ortúzar: "La tecnología nunca es neutra. Tampoco, por tanto, lo son las plataformas comunicativas".

Jorge Larraín: “Aceleran la formación de la opinión pública”

Como parte de los medios electrónicos de comunicación, las redes sociales han contribuido a crear un nuevo espacio de construcción de las identidades individuales. Han ayudado a que las relaciones sociales se separen de los contextos locales de interacción. Esto permite a los individuos ponerse en contacto con una serie de nuevos “otros”, en relación con los cuales pueden definirse a sí mismos. Se constituyen en recursos accesibles a todo tipo de personas, “para experimentar con la construcción de la identidad y la imagen personal” (Appadurai).

En este sentido, las redes sociales permiten recuperar en parte el carácter dialógico que tenía la interacción “cara-a-cara” y que las

interacciones mediadas por los medios tradicionales de comunicación habían perdido, porque el flujo de información iba monológicamente desde el productor al receptor, que no podía replicar directamente. Las redes sociales vuelven a abrir las posibilidades de respuesta y diálogo; le dan acceso al espacio público a la gente común. De alguna manera democratizan el acceso al espacio de debate público que los medios tradicionales impedían o dificultaban. En otras palabras, contribuyen a construir un espacio público más accesible al ciudadano común. Las redes acor-



tan significativamente el tiempo de reacción y aceleran la formación de la opinión pública.

Indirectamente, entonces, aceleran también los procesos políticos que dependen de la opinión pública y facilitan la concertación de eventos y la movilización social.

Sin embargo, junto a estos efectos positivos hay muchos otros negativos. De partida facilitan el anonimato en la participación y con eso permiten las intervenciones irresponsables que los medios tradicionales podían controlar.

Frecuentemente dan curso a rabias y frustraciones poco constructivas o favorecen la creación

de pánicos colectivos infundados. Las redes sociales tienen una gran capacidad para irrumpir en la esfera de la privacidad de las personas haciendo pública su intimidad sin su consentimiento y sin que muchas veces se den cuenta. Las redes sociales han llegado a ser el método preferido del *bullying* en colegios y universidades. En suma, las redes sociales son potencialmente democratizadoras del espacio público, pero en la práctica creo que han contribuido muchas veces a distorsionar procesos verdaderamente democráticos y a vehicular agresiones.

Jorge Larraín es sociólogo, prorector de la Universidad Alberto Hurtado y autor de "Identidad chilena" y "El concepto de ideología".

Carlos Peña: La fantasía de las redes

En las redes sociales hay tres fenómenos peculiares y dignos de reflexión: su aspecto comunitario, su relación con el poder y la manera en que influyen en la esfera pública.

El análisis muestra que en cada uno de ellos se configura una fantasía.

Desde luego, las redes sociales crean una comunidad virtual, imaginada: quienes escriben en esos medios, Twitter, Facebook o WhatsApp, están embebidos de la fantasía que cada uno de sus escritos conforma una voluntad colectiva de algún modo influyente. ¿Hay algo de peculiar en el hecho que los participantes de esos medios estén, como digo, envueltos en una fantasía comunitaria y crean estar tejiendo con sus tweets y sus posteos una voluntad orgánica? No exactamente. Todos nuestros tratos con la realidad poseen, según anota el psicoanálisis, una mediación fantasmática: desde las relaciones amorosas a la nación sociológicamente entendida, poseen esa estructura fantasiosa. El

caso más notable —por las analogías que guarda con este fenómeno— lo constituyó la república de las letras como se llamó alguna vez al espacio público erigido en torno a la imprenta. No hay pues novedad alguna en la índole fantasiosa de la comunidad tejida en torno a las redes sociales, salvo el hecho que ellas casi se agotan en esa mera fantasía.

En lo que atinge ahora a su relación con el poder, las redes sociales pueden ser descritas de dos maneras distintas: por una parte, a través de lo que se llamó la primavera árabe; por la otra, mediante el caso Snowden.

La fugaz "primavera árabe" llevó a pensar que las redes sociales inauguraban una relación indócil con el poder. La comunicación en redes haría imposible, se pensó, el control central de la información y los ciudadanos, empuñando sus *smart phones* o sus *tablets*, tendrían más poder que si empuñaran, en un asalto utópico, piedras o pistolas. Pero llegó Snowden y

develó esta nueva fantasía. Resulta que las redes, según sabemos ahora, están fácilmente expuestas a la manipulación y a un nuevo panoptismo (como Bentham llamó a quien miraba sin ser visto) que en vez de debilitar el poder lo vigoriza.

¿Hay algo peculiar quizás en la manera en que en ellas se ejecuta el espacio público? Sí, por supuesto; aunque en este caso no es la dimensión propiamente comunicativa la que se realiza, sino lo que los lingüistas (v.gr. Jakobson) llaman la función fática del lenguaje (aquella que sirve para asegurar que el mensaje llega correctamente). En twitter o facebook importa más estar en contacto que comunicar contenidos. ¿No es eso lo que muestra el hecho que incluso en las reuniones niños y adultos miren obsesivamente sus *smart phones* como esperando una noticia que podría cambiarles la

vida? La explicación de ese acto de apariencia obsesiva es que quienes manipulan insistentemente sus *smart phones* no esperan una noticia —una información o un contenido—, sino simplemente que "entre" algún mensaje, que alguien se ponga en contacto con ellos, ayudándoles así a cerciorarse que existen en ese espacio virtual y fantástico de las redes, como el niño que experimentando por primera vez el universo simbólico, y aprendiendo a hablar, pregunta una y otra vez por qué. El niño —y los que escriben en Twitter o pasan prendidos al WhatsApp viven la feliz experiencia de la infantilización voluntaria— lo hace no para saber más, sino como una forma de que, simplemente, se le hable y se certifique su propia presencia.

Carlos Peña es abogado, filósofo y rector de la Universidad Diego Portales. Su libro más reciente es "Ideas de perfil".

"Resulta que las redes, según sabemos ahora, están fácilmente expuestas a la manipulación y a un nuevo panoptismo".



SIGUE EN E 4

Las redes sociales, ¿pobreza del debate público?



CHRISTIAN ZUNIGA

Una bencinera víctima de quienes creyeron que habría un paro de camiones y escasez de combustible. A la izquierda, un hombre sostiene un celular con el logo de Facebook delante de uno de WhatsApp.

REUTERS

VIENE DE E 3

Cristián Ayala: “La agenda la ponen, crecientemente, las propias personas”

Las redes sociales son una herramienta más que nos permite el encuentro con personas e ideas y, como tal, son neutras. El modo en que se da el debate público, en el fondo, sigue jugando con las mismas reglas. Lo que cambia es su escala, la posibilidad de todos de producir y recibir información a nivel mundial sin editores centralizados. Son un espacio democrático de discusión en donde distintos grupos dan a conocer sus posiciones, intercambian y mejoran sus ideas.

Eso sí, no son espacios en los que se pueda llevar a cabo una síntesis razonada en la que se sopesen mejores y peores argumentos, se analicen las distintas variables y se llegue a un resultado del que todos se encuentren satisfechos. Eso no atenta contra el debate, sino que muestra sus límites.

En su dinámica se forman fuertes grupos de pertenencia, fomentando la participación y la asociatividad a diferentes escalas, y son capaces de movilizar adhesiones de muchas personas (podemos recordar a Barrancónes o las manifestaciones



contra HidroAysén).

Lo que se pierde es la presencia de medios que definan lo que está dentro y lo que está fuera de la esfera pública. La agenda la ponen, crecientemente, las propias personas, y medios como BuzzFeed lo atestiguan.

Eso hace más directa la relación entre ciudadanía y los centros de decisión política. Ellos deben asumir la carga de dirimir entre esa diversidad de visiones, sin ninguno de esos intermediarios que ayudaban a marcar los márgenes de la discusión. Esto puede explicar el rápido desgaste y acusación de deslegitimización institucional que presenciamos actualmente por parte de quienes sienten que sus posiciones no fueron correctamente acogidas. Podría entenderse como trolleo institucional.

Cristián Ayala es ingeniero civil, magister en sociología y jefe de estudios digitales de la Dirección de Estudios Sociales UC.

Martín Hopenhayn: "Se naturaliza la participación directa y continua de la gente"

Ante el posible "efecto democratización" o "efecto degradación" del espacio público por obra de las redes sociales, creo que el primero gana por goleada: esta democratización ocurre todo el

tiempo, en todas partes, en distintas medidas y maneras. Hace a la sociedad más plural, más informada, más conversadora, más interactiva. Cada día un contingente nuevo se agrega a un diálogo público en el que todos opinan y conversan sin importar el lugar en la sociedad y la distancia

respecto de sus interlocutores. Ante semejante masividad de la opción por participar, la degradación del espacio público es un efecto secundario, en el doble sentido de la palabra: *derivado* de la fuerza precipitadora de las redes, y secundario también en cuanto a *menor*,

cuando se compara con la porosidad del efecto democrático.

Es cierto que las redes son escenario de un narcisismo absurdo (Facebook), de espionajes ilegítimos, intrusión en la

privacidad, falsas alarmas con efectos colaterales, difusión de contenidos y valores antidemocráticos, basura mediática y otros. Pero esto no copa las redes; y precisamente es parte de la vida democrática, y de un mejor uso del espacio público, el aprendizaje cotidiano de los millones de cibernautas en discernir, digerir, bloquear o ignorar lo que no merece la pena difundirse en la red. Así, los mismos desechos pueden terminar robusteciendo el discernimiento colectivo.

Las redes pueden, por supuesto, promover cualquier cosa, y en el peor

de los casos, pueden "empatar" los contenidos que dignifican versus los que enturbian el espacio público (si acaso puede hablarse en términos tan dicotómicos). Pero es incontestable la dinámica enriquecedora de lo público en las redes, pues son cada vez más grupos socioeconómicos, movimientos culturales, sectores políticos y otras organizaciones los que pueden acceder a las redes sociales. Pueblos enteros que han sido por siglos confinados a la invisibilidad o inaudibilidad en espacios públicos, hoy pueden devenir visibles y audibles por esta vía. Entrar por cualquier ventana a la red, por periférica que sea, conduce sin mucho trámite a resonar allí donde cualquiera tenga interés en empatizar, disentir o complementar.



Martín Hopenhayn es filósofo y trabajó 26 años en la Cepal. Su libro más reciente es "Atajos para no llegar".

Carla Cordua:

“Hablar de debate en este caso resulta absurdo”

Las redes son una novedad interesante. Una vez establecidas, parecen perder rápidamente su atractivo, aunque esto no vale para todas las personas. Decididamente no son un medio de debate y, me parece, tampoco un espacio de comunicación pública. Los que se valen de ellas se dirigen, en último término, a nadie en particular. La comunicación exige un emisor y un destinatario más o menos determi-

nado. Esto último les falta a los mensajes que viajan por estas redes. Cada mensaje se queda mayormente en la intencionalidad del emisor que imagina un “público indeterminado”. Si el mensaje llega a recibir una respuesta, esta, de nuevo, es un disparo al aire, casi siempre desacertado.

Una comunicación de verdad debería poder desarrollarse ganando precisión, aumentando el conocimiento de las personas que se hablan, enriqueciendo la lucidez de los participantes a lo largo de su duración. Me parece que esto no ocurre. Cada mensaje puede contener algo como una opinión, pero carece de las posibilidades de ir ganando terreno y acabar en un acuerdo que comprometa el pensamiento de los participantes. Por eso, hablar de debate en este caso resulta absurdo.

Como espectáculo para los observadores, las redes pueden ser instructivas, aunque creo que mayormente solo acabarán engendrando desilusión y tristeza. En mi caso, la exhibición de la incultura, la torpeza lingüística, la ignorancia rampante de la enorme mayoría de los participantes en nuestro país me han obligado a reconocer una situación que lamento mucho. No niego que entre tanta debilidad suele aparecer algo interesante, agudo, acertado. También lo hay, pero suele andar extraviado en la selva de sus contrarios.

Carla Cordua es filósofa y premio nacional de Humanidades y Ciencias Sociales. Su libro más reciente es “Apuntes al margen”.



“Si el mensaje llega a recibir una respuesta, esta es un disparo al aire, casi siempre desacertado”.

Eduardo Arriagada: “El efecto más relevante de las redes en el espacio público es la velocidad que le imprimen”

Las redes sociales están siendo miradas con la misma actitud con la que se miró a otras tecnologías de comunicación. Cuando nació el teléfono hubo una literatura catastrofista que decía muchas de las cosas que se dicen ahora de las redes —que no nos íbamos a ver más, etcétera—. Sin embargo, creo que en el futuro vamos a empezar a aprender un poco más de las redes, y estas van a pasar a ser, como tecnología, tan transparentes como hoy día lo es el teléfono.

Hay que entender que las redes sociales no son más que una herramienta que potencia las relacio-



nes sociales naturales que tenemos. Hay muchos estudios que muestran que, al final del día, la gente se está conectando con quienes le importan: tiene nuevas, más rápidas y más desarrolladas formas de comunicación, pero no se está conectando con gente distinta.

El efecto más relevante de las redes en el espacio público es la velocidad que le imprimen. Hay gente conectada veinticuatro-siete y eso cambia completamente los ritmos. Pensemos, por ejemplo, en el caso de Punta de Choros: Piñera resolvió eso mucho antes de lo que lo hubiera hecho en otros momentos. Entonces, las

redes fomentan o afectan el debate: el debate nacional se manejaba, fundamentalmente, en torno a las cartas al director en los diarios, donde había directores que definían quiénes participaban y quiénes no. El gran poder que han tenido los medios de comunicación siempre ha sido no publicar algo. Las redes sociales han permitido que personas que antes no tenían espacio, ahora lo tengan.

El gran problema que tienen las redes es que la gente empieza a aprovecharlas y a valorarlas recién cuando las usa correctamente. Twitter es quizás la herramienta que más confusión genera, porque puede ser una tremenda pérdida de tiempo, así como un sistema que permite administrarlo mucho

mejor. Pero esto último solo se logra cuando uno se dedica a elegir a quién seguir y a quién no. Mucha gente lo considera un enjambre, una masa, porque en realidad siguen a personas que no tienen ningún interés; es como ponerse a grabar llamadas telefónicas al azar. Lo interesante de redes como Twitter es que te concentres en las personas que conoces, con las cuales estás estableciendo una relación de comunidad, con las cuales conversas y vas conociendo. Cuando entiendes eso, es una red muy potente.

Eduardo Arriagada es periodista, profesor de la UC y autor de "Sácale partido a tu teléfono" y "Tsunami digital: El nuevo poder de las audiencias en las redes sociales".

